

Fernando Martínez Ramírez\*

## El hijo

Después de veintiún años de exilio y estupor, Filadelfo había regresado a la casa de su infancia. Ahí esperaban el cuarto largo, el adobe deslavado, la estufa de petróleo, los trastos de peltre y un quinqué antiguo lleno de memoria. A su padre lo halló viejo y sentado en una mecedora desvencijada, presa de un encantamiento venido del mar, del mar de los sargazos donde ahora mismo viven mis ilusiones.

Es probable que mi hermano recorriera este piso de betún y olfateara en todas direcciones buscando sus recuerdos. Del trapatio, donde eran comunes las apariciones de Jezabel, llegaba un olor a cuero curtido y albañales, en medio del cual fue emergiendo —así tenía que ser— la figura de la célebre ramera ofreciendo el maná escondido, que algunos dicen goteaba por su cola. Sus preferidos fueron siempre hombres y niños con el corazón lastimado, como era el caso del Meco Filadelfo y de su padre.

Supe que una noche, igual a esa otra en que un cometa agrio como ajeno cayó en los barrizales, una serpiente de colores brillantes se desprendió del tejabán. El Meco la prensó con una rama y la metió en un garnil con la intención de tirarla lejos. Acompañado por el Chunco José, caminó hacia la arboleda, muy cerca de la playa, donde descubrieron a Jezabel, extenuada y brillante.

—Vengan, no tengan miedo, hay en los pantanos un cometa agrio que amargará las aguas si no lo sacamos de inmediato.

Espantados, corrieron hacia el cantón: uno tiró la bolsa donde llevaba la culebra y otro el quinqué humeante que los alumbraba; al llegar se encontraron con la puerta cerrada y una voz que

\* Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

desde adentro les decía: ahí se van a quedar para ver si se vuelven hombrechitos. Era su padre, borracho. Su voz difería de la dulce tesitura con que Jezabel les suplicaba regresar con ella. Al volverse distinguieron su cuerpo húmedo con una sombra como cola parecida a una serpiente. Instintivamente Filadelfo lanzó una piedra, pero fue a dar a una boca de cachimba, rebotó varias veces en las paredes hasta tocar el fondo de donde emergió un sonido hueco de luz breve.

—Vengan, no tengan miedo, yo soy la que sondea los riñones de los niños y se embaraza de hombres salados —insistió la mujer imitando tiernamente la voz de nuestra madre que en el interior de la casa abría las piernas a la furia beoda del esposo—. Ahora ya está herido y podremos librarnos de él. Vengan ya, si no quieren que las aguas de este pueblo queden amargas para siempre.

Así comienza la saga del Meco Filadelfo, uno de los hombres que fueron ofrecidos como primicias al mar de los sargazos. Pero antes de que esto sucediera, todavía en el esplendor de sus veintiún años, antes de mis sospechas, tenía que llegar con su madre y decirle: me caso, me ayudas o me voy, y su madre lo apoyó muy a su pesar. Desde luego que esto no es casualidad, así trenza sus bucles esta historia. Casándose, Filadelfo pretendía resarcir el daño que en su época de bachiller le había hecho a la que sería su esposa, porque la embarazó y la abandonó a su suerte, porque su recomendación de saltar hasta el aborto no dio resultado. Se dejaron de ver, pero tres años después volvieron a encontrarse y, sin resentimientos, hicieron una vez más el amor, llenos de una aflicción que los reconciliaba tristemente. El hado funesto con el que habían comenzado permanecía oculto, pero ellos no lo supieron sino hasta muchos años después, cuando la costumbre y la necesidad de culparse el uno al otro terminó por destruirlos una tarde en que el Meco, sosegado frente una imagen de su madre, limpiaba un quinqué idéntico al del embrujo, adquirido en un bazar de antigüedades. Realizaba esta acción con parsimonia, arrojando vaho sobre el cristal, puliendo voluptuosamente, observando los distintos ángulos de su fetiche. Así lo sorprendió su esposa, como lo había sorprendido tantas veces, y como en todas ellas él la ignoró sin suspender el ritual, y antes de que la incauta pudiera decir algo le espetaba sí, voy a cenar, o a comer, o a lo que fuera, a lo que ella reponía con dulzura: cuando mueras te voy enterrar con esa chingadera para ver si te ilumina en el infierno, porque de seguro allá vas a ir a dar, al lado

de tu padre, maldito bastardo. Pero el Meco estaba convencido de que su progenitor seguía vivo, simulaba no escuchar y, como si nada sucediera, repetía sí, voy a cenar. Entonces su mujer se retiraba, un poco enfurecida y un poco satisfecha, a servir la cena, hasta que una tarde, mientras ella empacaba ropa y distintos utensilios que extraía del armario con el firme propósito de dar fin a esa relación, se encontró sin proponérselo con el quinqué. Caviló, tomó el objeto y, triste por algo parecido a una derrota, se tiró sobre el sillón. De pronto aventó el fetiche contra la pared, golpeó aquí y allá hasta que, vencida por su propia rabia, se dejó caer sobre los restos de aquel amuleto. Cuando llegó el Meco Filadelfo y descubrió su reliquia hecha pedazos, se lanzó contra su esposa y la pateó, y con un cristal le horadó una oreja con el fin de hacerla suya para siempre: te voy a marcar para toda la vida, cerda bruja, y ella pidió auxilio pues la quería matar y Filadelfo intentó taponarle la boca porque era obvio que mentía, sólo deseaba dar marcha atrás a todo, no haberla conocido. La mujer descubrió, en un resquicio de su histeria, la forma de vencerlo y gritó más, desafortadamente, no, por favor, ya no me pegues, y tomó el cuerpo metálico del quinqué y lo estrelló contra la ventana, maldito, ay, ya no, por favor. Desconcertado, sin el suficiente valor para contrarrestar el griterío a medias verdadero, Filadelfo huyó para siempre llevándose como última visión las pantorrillas blancas pero ensangrentadas de la mujer que una ocasión, siendo adolescente, le hiciera por segunda vez el amor, la primera desde que Jezabel lo iniciara en los misterios de su cuerpo, cuando él tenía apenas trece años, y que lo circuncidara a mordiscos en señal de una alianza que estaba más allá de su comprensión impedir. Atrás dejaba a un hijo que ahora, con sus treinta y tres y de regreso a la tierra de su infancia, tendría los años que él cumplió cuando descubrió a Jezabel haciéndole el amor a su padre. Por eso pensó, aunque sin creerlo, que los pecados de los padres caerían sobre los hijos, y volvió a entristecerse ante la certeza de que un hilo oculto vulneraba su destino y no le permitía alcanzar la felicidad, que tal vez nunca podría conocer.

Cuando el Meco regresó, la floresta que siempre nació desde el traspatio, era ya una ensenada de podredura donde un viejo almendro permanecía vivo debido a alguna distracción del destino, pues en algún momento el padre de mi hermano quiso deshacerse de su ramaje para que no siguiera quebrantando el enteado. Fue una de las pocas cosas que hizo con la conciencia

de proteger algo que era suyo y compartido, y por ello vació en las raíces del árbol redomas con grasa hirviente. Veinticinco años tuvieron que pasar para que volviera a florecer. Incluso pudieron verse algunas almendras cocidas por el sol enterradas en el guarapo enlamado en que se convirtió el traspatio. Ni siquiera eso le había funcionado al viejo que, lo mismo que el almendro, continuó vivo por la misma distracción del destino, y el tiempo más que envejecerlos los fue desvaneciendo, como si algo estuviera pendiente para ellos.

Eso debió pensar también Filadelfo. Había caminado a la ensenada buscando sus recuerdos. Vio entonces una de las cachimbos de la infancia y un alcaraván posado sobre un arco del que colgaba una garrucha. Por una suerte de reminiscencia tomó del suelo algunas piedras que lanzó contra el ave pero fueron a dar al interior del pozo. El golpeteo en los adoquines y el sonido en el agua resultaron de una taumaturgia que reinstaló el espíritu de las cosas, que ahí estaba suspendido.

El alcaraván huyó emitiendo graznidos casi humanos, parecidos a una amenaza antigua: niños malos, voy a regresar por ustedes, ya lo verán, había dicho Jezabel aquella noche en que Filadelfo lograra asestarle una pedrada en la pantorrilla y los hermanos la vieran perderse en la oscuridad renqueando con hermosura. Adentro, mientras tanto, había crecido el crujir de la cama y el jadeo acezante del hombre que entre golpes y salacidades le gritaba a su esposa no gimás, perra, qué acaso eres una puta. Paulatinamente la furia lúbrica del progenitor dio paso a los sollozos de alivio de su mujer, y el Meco y el Chunco José pudieron entrar en el cantón y dormir abrazados a su madre, con la confianza de que los ronquidos provenientes de la hamaca no cesarían sino hasta muy entrada la mañana.

Esa noche, no cabía duda, Filadelfo había conocido a la mujer de la leyenda, la que en boca de todos parecía irreal y que por un instante confundió con su mamá, en cuyo vientre descansaba y cuyas manos dibujaban en el adobe deslavado una caricia de sombras tiernas que el quinqué no podría borrar ni aun después de extinto, pues cada una iba quedando impresa para siempre en su piel de meco sin color.

## El padre

Babilonio Arreola, tal era el nombre de nuestro progenitor, fue un hombre temido. Siempre festejó que nadie en la región del Soconusco, famosa por sus anuales diluvios, fuera parecido a su Meco, un güero de cabello plateado y nalgas rosadas al que su mismo hermano debía rendir obediencia absoluta si no deseaba enfrentarse a la cólera del señor.

En un pueblo de la región de La Ventosa, singular por sus feroces ventarrones que inclinaban árboles hasta besar el piso y arrancaban tejabanos para robarse a los niños, Babilonio había conquistado a quien sería su mujer por la iglesia y por las leyes. Debido a un mandato que consideraba divino, pero que en realidad era producto de un machismo acostumbrado, se llevó a su familia a vivir al Soconusco, a una ciudad recóndita llamada El Triunfo, donde era costumbre de los hombres dejar a sus esposas durante largas temporadas mientras ellos atendían lejanos negocios, entre los cuales se hallaban otras familias desperdigadas a lo largo de la costa. Cuando los maridos regresaban venían cargados de regalos y caricias, excepto Babilonio, a quien sólo lo hacía volver la nostalgia por el hijo, quien pronto alcanzaría la edad de los fandangos, mientras tanto dejaba su crianza a Saray, la esposa. Tenía miedo de que cualquier tarde, al regresar de los negocios, hubieran huido, y por eso amenazó de muerte a todos los hombres de la región, para que nadie ayudara a escapar de la espesura a su familia, aunque en el fondo todos los machos eran iguales: cómplices en sus trapisondas amorosas. Pero un día Saray no aguantó más y decidió huir para no ser encontrada ni siquiera por Dios en el desierto.

Estaba embarazada por tercera vez, sin un centavo en la bolsa. Un relente de mal agüero flotaba en todo el pueblo, pero la decisión había sido tomada y difícilmente se volvería a presentar una oportunidad. Un hombre, apodado El Ahuizote por su afición a las causas perdidas, los ayudaría a escapar en su camión desvenado. Era la noche de San Judas Tadeo y fue San Judas el único consuelo que le impidió a Saray flaquear, sobre todo porque el Meco ardía en calentura y su vientre inflado pesaba como una mícura. Tengo sueño, dijo Filadelfo cuando su madre lo despertó y le pidió que se vistiera rápido pues se iban para siempre. El ruido del motor fue el sonido aciago con el que desde entonces

vendría acompañado el recuerdo de una familia temerosa que sentenciaba su destino bajo el umbral de una puerta llena de insignias religiosas, con una Saray dibujando en el aire la señal de la cruz y rezando con voz trémula: Dios te bendiga y no te castigue por todo lo que nos has hecho. Subieron al camión para viajar escondidos entre bateas de bagre y camarón fresco. Siete días después estaban en la ciudad de los ruidos y grillos en las aceras. Habían dejado atrás la incertidumbre que los persiguió durante el viaje, pensando que en cualquier momento aparecería Babilonio Arreola para matarlos por su deslealtad y por robarse a su mequito. Filadelfo, por esta decisión, perdió la oportunidad de ser el adolescente exótico más buscado por las proxenetas y por jovencitas ansiosas de repetir la historia amorosa que ha vencido al Soconusco desde épocas inmemoriales, ésas donde nacen las leyendas más ingentes, como aquella de la Cocha Bruja, señora que se transformaba en cerda para molestar a los hombres, o como ésta de la amante de las escolleras, larvada a lo largo de las eras hasta que llegara el día en que dos medios hermanos se encontraran con sus cuerpos e hicieran renacer con sus incestos el viejo Triunfo y sus nuevas costumbres. Si la Sara bíblica, siendo media hermana de Abraham, se casó con él y adonde quiera que se presentaban lo hacían como hermanos para que los hombres, al buscar la belleza de ella, pudieran olvidarse de él, y si las hijas del mismo Abraham, propinándole vino, se acostaron con él para dar origen a dos linajes legendarios, ¿por qué no habría de fornicar Filadelfo con su media hermana de padre y hacer posible así el surgimiento de una nueva era?

Pocos días después de la huida de Saray y sus dos hijos, el pueblo se abalanzó a la casa que creían abandonada, gritaban el nombre de ella con insultos, la execraban por ahuizota y perdidora de hombres. Buscaban conjurar su mal ejemplo quemando, junto al árbol de papausa, el crucifijo de ébano abandonado bajo la cama. Pero los recibió Babilonio con el pito de fuera y un machete en la mano y les gritó que se largaran, su mujer ya no estaba y alguien podría pagar la ausencia de su Meco. Algunos le hicieron caso. Sin embargo, al ver que eran muchos, reflexionó, por favor, paisanos, no hagan nada que nada ha quedado de Saray ni de mis hijos. Miren que ahí dentro tengo una amante muy hermosa que ha conocido muchos varones. Se las entregaré para que se sacien con ella, pero mis cosas, los peltres, la estufa de petróleo, San Antonio de cabeza, no los destruyan pues quiero, con mi corazón

derrotado, conservar todo para cuando vuelvan. La turba estaba enardecida. En el momento en que renovaba el forcejeo unas manos jalaban a Babilonio desde dentro. El espanto reptó por la espalda de la gente cuando descubrieron a esa mujer resplandeciente completamente desnuda, con la vulva al aire derramando el maná oculto, que algunos dicen goteaba por su cola. Por unos instantes los hombres y las mujeres quedaron fascinados, pero tiempo les hizo falta para salir del cantón cuando Jezabel increpó:

—Voy a amargar este lugar, pues es grande mi ira y ustedes mojigatos.

Babilonio no saldría de su casa por más de veinte años. Nunca se enteró del temblor de tierra que había provocado la visión de la gran puta. Ella lo había conminado con su cuerpo y con palabras como que la única manera de salvarte es permaneciendo conmigo para siempre, hasta que uno de los que te abandonaron regrese por ti y entonces descargues tu odio contra él, no sin antes hacer posible que este lugar vuelva a ser el de antes, pero sin la gazmoñería de los paisanos. Yo enjugaré toda lágrima de los ojos y no habrá ya muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo habrá pasado y uno nuevo que vendrá del mar prosperará.

El Triunfo emprendió el éxodo del temor: las aguas de cachimbos y el río de cadejos se amargarón, las albuferas estaban replegadas. Emergía del piso un olor a caca que circuló por cada rincón hasta que no quedó persona que pudiera soportarlo. Sólo Babilonio se conservó firme, víctima de un embrujo de amor, sin conocer que la maternidad de Jezabel se fraguaba a costa de él. Seis meses después la gran puta engendró de su vientre torrentoso a Ismaela. Nació, como su futuro amante y medio hermano: meca y junto al brocal de la ceiba antigua, el mismo día en que yo naciera del vientre por fin descansado de Saray y llegara al mundo con la misión de reconstruir la historia que ustedes tienen en sus manos. Jezabel había profetizado la tarde en que circuncidara a Filadelfo: inocente mío, tendré una hija de tu padre, pero nadie la verá hasta sus veintiún años, y sólo para que su hermano, circunciso a dentelladas, la haga suya y juntos reviertan el destino del cometa de ajeno, pueblen sin sobresaltos esta líquida llanura y todos seamos de todos. Tal es la epifanía de una raza que Dios ha escogido para repoblar un rincón de albuferas infectas al que sólo arribarán los señalados por alguna pasión de incesto y del que tarde o temprano Dios se olvidará de nuevo. Obviamente los trece años de Filadelfo no entendieron nada, como ahora todos

entendemos. El descubrimiento de su cuerpo sin vello sumergiéndose en el vientre premonitorio de una mujer que succionaba con sus besos fue más fuerte que cualquier enigmática sentencia.

Jezabel le hizo el amor a Filadelfo una noche en que por primera y única vez Babilonio Arreola, su orgulloso padre, lo castigó por haberse ido colgado de un camión hasta el río de la Coyunda. Saray, que tenía como una de sus ocupaciones lavar ropa ajena para mantener a sus dos hijos, lo había mandado a entregar unos chumules, con la advertencia de que regresara pronto pues su papá andaba cerca y podía llegar en cualquier momento. Y llegó y no lo encontró, y el fantasma del abandono se le encaramó al hígado, y golpeó a Saray, la echó a la calle. Cuando Filadelfo volvió, presenció, acurrucado en un rincón, una segunda golpiza a su mamá y a su hermano. Lloró incansablemente hasta que su papá lo sentó sobre sus piernas para peinarle los caireles blondos con los dedos manchados con la sangre de su madre, darle un beso con olor a fermento y sentenciar, dirigiéndose a su mujer: por eso quiero tanto a mi Meco, porque es bonito y no me da problemas. Filadelfo abrazó a su padre por el cuello, pero éste lo hizo a un lado y a empujones lo arrojó al traspatio para que ahí pasara la noche y supiera lo que podría suceder si un día lo abandonaba.

Era una de esas épocas en que la ciénega estaba tapizada de algodón silvestre que caía de las ramas lloronas de ceibas y pochotas. En esa alfombra, Filadelfo Corazón Entristecido vio venir del mar a Jezabel, natural, sin rasgos de bruja, vulnerable e inmensamente bella, cantando con voz tenue una letanía: *lo que no se hace has hecho conmigo, lo que no se hace has hecho conmigo*. Filadelfo siempre recordaría este encuentro por la melodía, y siempre habría de narrarlo con ese halo de misterio con que estuvo rodeado su regreso después de veinte años.

El último que platicó con él, antes de su retorno a las escolleras, fue el Chunco José, único que puede lamentar lo cercano que está a la verdad este relato, una verdad oscura porque en el momento en que la familia huyó de El Triunfo, unos no habíamos nacido y José tenía apenas seis años y una repulsión ignota contra el aroma de pescado. La tarde en que Filadelfo se marchó de la ciudad de los ruidos, y ya sin grillos en las aceras, platicaron acremente. El Meco confesó sus intenciones de regresar pues ya nada lo ataba. Lo siento por tu hijo, lamentó José. Los pecados de los padres caerán sobre... intentaba sentenciar Filadelfo pero su hermano menor lo paró en seco, no chingues, qué culpa tienen



mis hijos por haber tenido un abuelo ojete. ¿Alguna vez has sentido la necesidad de buscarlo?, inquirió Filadelfo. ¿A quién, a tu papá? No, nunca, y ya debe estar muerto. El Meco había extraído de una herrumbre de recuerdos un quinqué, que puso en las manos de su hermano para preguntarle si le recordaba el arbotante de la puerta trasera, la que daba a las cachimbas. Aquello nunca fue casa, era un pinche cuarto y dos puertas, ah sí, y un quinqué, claro, que alumbraba escasamente un San Judas y tus nalguitas rosadas en las que tu mamá untaba sebo para que no se te cayeran. Y a ti te lo untaba después de las chingas que te daba tu papá. El tuyo, querrás decir. Éste lo conseguí en un mercado de antigüedades. ¿Qué habrá sido del famoso Babilonio? Allá cualquier hombre que golpear a su mujer y regara niños en las escolleras era famoso. Mejor busca a tu hijo, no vaya a querer ser poeta como nuestro hermano, el chunquito menor, único que creció civilizado, lejos de marismas apestosas.

Y Filadelfo insistió en que algo había quedado pendiente, a pesar de la advertencia de José de que si regresaba traicionaría a su madre. Tu único pendiente son tus hijos, recuerda lo que significa crecer sin padre, o peor aún, con su fantasma.

## El espíritu

Tres fueron los hijos varones que Babilonio Arreola tuvo con Saray. Uno no lo conoció siquiera y reconstruye a retazos esta historia, otro renegó de él y pensó que dedicándose a sus propios vástagos y venerando a su madre finiquitaba los lazos familiares y el hado funesto que lo perseguía. Sólo el primogénito, el Meco Filadelfo, heredó el estigma pues estaba destinado a engendrar unos mellizos con su hermana, güera como él e hija de Jezabel, la amante de las escolleras.

Ismaela desde niña fue reina en una ciudad abandonada. Su infancia se hundió como los cadejos de algodón silvestre que año con año tapizaban los fangales. A pesar de ello no heredó el silencio habitual de sus progenitores. Convirtió el canto en el signo frecuente de su carácter, era el recurso para insinuarse ante sus padres, a quienes les plagió soliloquios que desenterraban una felicidad dilatada a fuerza de rumiar con la espera, que parecía llegar a su fin.

Tras alcanzar por un instante sus recuerdos, Filadelfo regresó al cantón y ahí encontró a madre e hija postradas a los pies de Babilonio. Con el estupor de quien se sabe sorprendido a pesar de todo, escuchó la voz trémula de la gran puta:

—Niño malo, te dije que regresarías.

Su pantorrilla sangraba con una eternidad de veintiún años, los mismos de Ismaela, a quien le faltaba un pedacito de oreja, pero a cambio tenía una figura que acentuaba por contraste el halo de vejez y de marsopa que ya corría inexorablemente por la piel de su madre: la transfiguración se estaba produciendo. Un quinqué humeante dibujaba en la pared caricias de sombras tiernas que Jezabel prodigaba en la frente de su heredera, caricias deslavadas que repetían un gesto primordial, fantasmagorías donde Filadelfo descubrió a su propia madre, violada por ese hombre inerme que con resuellos confesaba su sorpresa de ver por fin, después de una vida, a su Meco sin color.

Desde ese instante el tiempo comenzó a recuperarse: la piel de Jezabel se escurrió como el tufo de la vejez, la mácula de sangre en su pantorrilla continuó allí como una pequeña escama, muda, como muda fue la languidez en que se hundió Saray, quien sólo mentaba a su mequito, el preferido, y yo le decía soy el chunco menor, y ella preguntaba por mi cabello rubio, por mis hermosos flequillos transparentes, y yo me los pinté para que estuviera en paz. A José ni siquiera lo veía. Nuestra madre murió con el corazón desconsolado y un güero en los labios, tristemente convencida de que Filadelfo había preferido al hombre que una vez, siendo joven, se la llevara a vivir a esa región cafetalera donde el destino sigue trenzando los bucles de esta historia.

Durante los tres años que siguieron el almendro recuperó su antiguo esplendor, Babilonio recobró un poco de su fortaleza, la suficiente para hacer el amor por última vez con Jezabel antes de que ella también desapareciera en el mar, del que había emergido con la misión dar de beber el maná escondido y al que volvió una vez cumplido el sortilegio del cometa de ajeno.

Las aguas de cachimbas y el río de cadejos recuperaron su dulzor cuando Ismaela quedó embarazada, justo el día en que Babilonio Arreola se extraviara en los malecones. Nueve meses su hijo lo buscó y nueve veces el eco de los terraplenes devolvió su nombre. Nunca más supo de él. Y así llegó el día del parto, con dos mellizas de cobre buscando desmentir su herencia. Al nacer, una de ellas había sacado una mano para que Filadelfo le

atará una cinta escarlata en señal de primogenitura, pero la niña se arrepintió y fue la otra quien salió primero: venía con el estigma de la oreja incompleta. Las niñas crecieron y su padre se olvidó de ellas. Una vez más el silencio pobló las albuferas y una vez más las mujeres hicieron del canto el signo frecuente de su carácter, fue el recurso para insinuarse ante su padre taciturno y una madre evanescente.

Dos décadas, un año y ningún hechizo debieron pasar para que Filadelfo fuera buscado por su hijo, el nacido en la ciudad de los ruidos y grillos en las aceras. Ahora ya estamos todos aquí. Mi sobrino ha enamorado a la más frágil de sus primas, que también se llama Saray. Lo he visto golpearla y después hacerle el amor lleno de rabia, gritarle no gimás, perra, qué acaso eres una puta. Sé que pronto el destino repetirá su gesto en esta Babilonia de las Escolleras, donde las aguas corren límpidas y los niños crecen. Mientras tanto escribo, a la espera de que el Meco deje de mirar ese quinqué donde se ha extraviado su mirada y mi media hermana venga otra vez por mí, vaporosa y con ese halo de mar-sopa que siempre trae del mar.